EL CORAZÓN EN INVIERNO

KEVIN BARRY

EL CORAZÓN EN INVIERNO

Traducción de Andrea Lombardi

Barry, Kevin
El corazón en invierno / Kevin Barry. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2025.
200 p. ; 22 x 14 cm.

Traducción de: Andrea Lombardi.
ISBN 978-987-628-786-9

1. Novelas. I. Lombardi, Andrea, trad. II. Título.
CDD Ir823

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: agosto de 2025

© Kevin Barry, 2024
© de la traducción Andrea Lombardi, 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

C/Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-786-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Latingráfica S.R.L.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.500 ejemplares de *El corazón en invierno*, de Kevin Barry, se terminó de imprimir en Latingráfica S.R.L. en julio de 2025

Para Olivia

No encuentro ninguna belleza en el autocontrol.

Mary Maclane

Butte,
Montana

1891

Uno

El primer encuentro

Por la calle Wyoming, al anochecer, se tambaleaba un irlandés, un viejo loco de pocas luces en un traje de arlequín hecho de harapos y gamuza mugrosa, con mechones salvajes de pelo saliéndole de las orejas, los ojos ardientes, ahora como estrellas candentes, ahora cerrados por completo en una suerte de éxtasis, y avanzaba y trastabillaba en sus botas rotas como un niño pesadillesco crecido por demás, como un niño idiota enorme y aniquilado, que anunciaba sus mercancías en un ritmo dulce y cadencioso –

¿Pa-piii-tas?
¿Pa-piii-tas calientes?
¿Pa-piii-tas calientes a un centavo?

Sus versos se balanceaban en un ir y venir de aquí para allá por la calle desolada, y eran melodiosos, pero no tenía ni una papa. Tom Rourke se giró y miró al hombre con emoción. Ser viejo y loco y olvidado en la montaña – ¿acaso no estaba todo jodido y dispuesto de antemano?

Era octubre otra vez. A esa hora, Rourke se acercaba a la calle en un atuendo elegante de andrajos frenéticos. Hacía nueve años que trepaba la cuesta suave de la calle Wyoming y no lucía ninguna medalla en su pecho que lo acreditara. Bajo el sol del atardecer, el East Ridge brillaba dorado y sombrío, y un viento ignorante traía noticias del invierno. La luz carismática lo horrorizaba. Marchó hacia el viento frío. Se quejó para sus adentros. Rechazó una vez más la posibilidad de Dios. Su cuerpo estaba tenso y su mente por doquier. Se volvió primero en una dirección, después en la contraria. Caminó como una calamidad. Caminó bajo el signo de Libra. Vivía toda esta mierda de adentro para afuera. Oh, se fustigaba a sí mismo, y se sermoneaba, y arrojaba nuevas acusaciones a sus pies. Pero tenía sueños de huida, también – algún día podría cabalgar hacia el sur en un buen caballo, rumbo al paso de Monida.

Lo cierto es que siempre estaba un poco agitado a la hora del crepúsculo y con el ánimo cambiante, pero esta noche no era solo eso. De algún modo sus sueños estaban tomando forma y peso, y los viejos anhelos que sentía eran profundos y premonitorios, como si se acercara a un destino peligroso.

Ahora un tren silbaba espeluznante mientras entraba en los playones del Union Pacific, y él temblaba como un hijo de puta fuera de control.

⋆ ⋆ ⋆

Al llegar a Park y Main ya había caído la noche. Entró en el Board of Trade para ver si tenía una consulta. Se tomó un vaso de whisky y un *chaser* de cerveza. Tomó el primero de un trago, el segundo de a sorbos. Sus nervios crispados se deshicieron casi por completo en calma y resolución. Recuperó hermosamente

la compostura. Sacó un anotador y un pedazo de lápiz. Miró hacia el largo espejo sobre la barra y habló sin volverse hacia Patrick Holohan, de Eyeries, Condado de Cork, un minero del yacimiento Whistler –

Asunto, matrimonio, dijo.

Holohan, a su vez, miró hacia el espejo con cautela –

¿Cómo, Tom?

Es lo que decimos desde el principio. Es hora de poner las malditas cartas sobre la mesa. Mostrar que no estás jugando con la chica. ¿Cómo era su nombre, a todo esto?

Holohan deslizó una carta por sobre el mostrador con genuina timidez. Los ronquidos húmedos de su respiración anunciaban tuberculosis a la larga. Tom Rourke desplegó la carta y leyó brevemente – hacía falta un corazón de piedra en esta línea de trabajo – y comenzó a escribir con fluidez al instante.

Este será solo un borrador, dijo. Para ver si logramos pegarle al tono correcto. Tranquilizar a la chica.

Transcurrieron unos momentos en la calma de la escritura. Mientras alzaba la vista, por un instante, en busca de una palabra, vio a Pat Holohan en el espejo, observando su trabajo con culpa. Los ojos del hombre mostraban el terror de que pudiera tocarle un poco de felicidad.

Querida Señorita Stapleton – Rourke hablaba ahora mientras leía las palabras – o Margaret, si me permite el atrevimiento. Dispongo de la enorme fortuna de tener la oportunidad de escribirle hoy, y si bien las marcas sobre el papel no son mías, sabrá que las palabras lo son, y que son de corazón.

Oh, es hermoso, Tom, dijo Holohan, mientras su cara se relajaba. Más, más, hombre.

Le escribo con la esperanza, Margaret, desesperado como pueda sonar, de que considere un camino hacia el oeste desde su actual ubicación en Boston y que venga a unirse conmigo aquí en esta más que próspera ciudad ubicada sobre la meseta.

¿Sobre la maldita qué?

Montaña, Pat.

Terminó la cerveza e hizo gestos para pedir otro shot. Lo tomó de un trago ni bien aterrizó en el mostrador. Giró el lápiz en su mano con solvencia –

¿Cómo anda la salud, Patrick?

Holohan consideró su triste persona y mordió su labio inferior y puso una mano sobre sus tripas hinchadas -

Jesús, dijo.

Tom Rourke volvió a escribir –

Mi objetivo, Margaret, es el matrimonio, y quiero afirmar aquí que estoy tan sano y en condiciones como cualquier otro hombre, por lo menos dados los frecuentes cambios de fortuna que trae aparejada una vida de trabajo duro.

* * *

Lo suyo era ayudar a los demás. No sacaba de esto más que el dinero para la hierba y para beber. Ya había ayudado a que se casaran varios casos miserables. Los altos y los tullidos, los mudos y los de labio leporino, los hombres bizcos que oían voces en la noche – todos podían ser mostrados lo suficientemente bien contra el fondo de la página en blanco. Solo se requería discreción, imaginación y una edición cuidadosa.

¿Te parece que vendrá, Tom?

Hay posibilidades.

¿Pero te parece que va a saber qué tipo de persona soy?

Difícil con unas pocas cartas. Puede saber lo suficiente como para arriesgarse. Tenemos que asegurarnos de que des la impresión de ser genuino y no de que solo te importa *aquello*.

Holohan se ruborizó como un chico y se tomó su cerveza. Le hizo señas al encargado y aparecieron otro par de shots. Los hombres los tomaron de un trago y consideraron su situación absurda, primero sin palabras y luego con una creciente sensación de tibieza.

⋆ ⋆ ⋆

En la calle Galena hizo otra vez su vía crucis. Las lámparas quemaban un amarillo eléctrico melancólico sobre la multitud sin rumbo, y las chicas en la línea de miserables prostíbulos anunciaban la lista de sus servicios con detalles intricados y descarados. Lo hacían en siete idiomas. Hacía incluso más frío y sus palabras resonaban en el aire helado. Tom Rourke escogió su camino a lo largo de la calle evitando las zonas más embarradas para cuidar sus botas Colchester tostadas. Esta temporada se estaba negando a sí mismo la descarga física de los prostíbulos e ignoraba con un desdén casi sacerdotal los muslos en exhibición y los labios gimientes de su comercio. Pero los nervios lo estaban distrayendo, de todos modos. Al cruzar hacia Broadway lo acompañó ese peso de extraño conocimiento, o clarividencia. Sintió el susurro de un augurio pero no pudo descifrar sus palabras. Creía en mensajes, signos, señales extrañas y, al pasar por el Hotel Southern, las luces de las habitaciones superiores chisporrotearon y se oscurecieron y después volvieron a la vida, como si el lugar le estuviera guiñando los ojos.